

En 1956 se casa con Ananda Velasco y se desplaza a Santiago de Chile, donde permanecerá quince meses y nacerá su hija Ananda en 1957. De vuelta en México inicia los contactos que terminarán convirtiéndole, en 1965, en encargado de promoción y publicidad de Fondo de Cultura Económica. A pesar de que su situación personal y económica es bastante buena, Andújar no había renunciado a volver a España. Al viaje de negocios de 1964 le seguirá el regreso definitivo en 1967. La vuelta estuvo marcada por la decepción que muchos de los exiliados sufren cuando descubren que el país que encuentran es totalmente distinto al que dejaron y que las ilusiones y proyectos que albergaron durante años (sobre todo la restauración de la República) ya no interesan a nadie.

Manuel Andújar dedica todos sus esfuerzos a reivindicar la literatura del exilio y el exilio mismo, y además de publicar sus obras más destacadas en España, participa en seminarios, tertulias, cursos y conferencias en los que hace interesantes aportaciones, a la par que se gana la vida como Gerente de Promociones y Publicidad de Alianza Editorial hasta su jubilación en 1979. Sus últimos años los pasa en El Escorial con su mujer, donde se relaciona con importantes escritores del momento y vive dedicado, como siempre lo había estado, a la literatura.

En definitiva, como ha señalado Sherzer (1996: 9):

Para Andújar, escribir no fue sólo una vocación, o una afición. Era un proyecto, un proyecto ético, político, histórico y moral, escrito siempre con un sistema.

2. LAS CIRCUNSTANCIAS DE UNA PÉRDIDA: EL EXILIO

El término “exilio” procede del latín EXILIUM y se refiere a la separación de una persona de la tierra en la que vive. Ni que decir tiene que dicha separación se ha producido desde tiempos remotos, de ahí que toda historia del exilio que quiera ser completa deba empezar

por el principio de los tiempos y no olvidar, por ejemplo, un texto tan significativo como es la Biblia. Pero no es ese nuestro objetivo aquí.

Junto al término exiliado han ido apareciendo a lo largo de la historia otros que se han presentado, si no como sinónimos, sí al menos como portadores de un significado similar: desterrado, trans-terrado, expatriado, refugiado, emigrado, etc. Salvo excepciones, el abandono de la tierra natal no se produce por voluntad propia, sino que está determinado por distintas circunstancias políticas, sociales y económicas. Lo más habitual es que la represión política esté en la base del exilio, pero también unas condiciones económicas sumamente adversas conducen a que los individuos abandonen su país para buscar otro lugar en el que poder asentarse y sobrevivir (el problema de la emigración es el más significativo, aunque con frecuencia a unas condiciones económicas muy malas se une la existencia de un sistema totalitario o represor y una sociedad desestructurada en la que el individuo no puede encontrar un sitio para vivir).

Ni que decir tiene que al desarraigo puramente geográfico que se da en todo exilio se une un desarraigo existencial que hace que la persona exiliada bucee constantemente en la búsqueda de su identidad individual y colectiva. No es extraño, por tanto, que la escritura aparezca como un vehículo privilegiado de indagación y expresión de todas las inquietudes que marcan la psique y la vida cotidiana del exiliado.

Aunque España sea un país en el que los exilios se han dado con frecuencia, en 1939 se produce una diáspora de gran magnitud que va a marcar el futuro de nuestro país. Derrotada la República, la represión se cierne sobre todos los que no eran adeptos al régimen franquista que se impone de inmediato (comunistas, republicanos, etc.). Los españoles que tienen que dejar el país son muchos y proceden de diferentes grupos sociales y profesionales, la alternativa que les quedaba no parecía viable en ningún caso: la muerte o la cárcel. Se constituye así una “España peregrina” que al hecho traumá-

tico del destierro tuvo que unir en no pocas ocasiones una situación física extrema y un desarraigo permanente.

Por su cercanía geográfica son muchos los españoles que terminan en Francia, país en el que, en un primer momento, se les recluye en campos de concentración, desde donde pasarán a distintos lugares. Otros exiliados deciden no dejar las armas y se alistan en el ejército francés para seguir luchando primero contra el fascismo, después contra la invasión nazi. El número de exiliados en la Unión Soviética y Gran Bretaña no es el más elevado. Es Hispanoamérica el destino de muchos españoles, que van a encontrar una acogida excelente en México, pero que también se instalaron en Argentina o Venezuela. No se puede ignorar tampoco como destino el norte de África, con Argelia a la cabeza.

Aunque la suerte sufrida por todos los expatriados no fue la misma, lo cierto es que en el exilio se dan una serie de elementos comunes que lo definen como fenómeno, desde el trauma primero que obliga a dejar el país propio; hasta el asentamiento en un lugar extraño, la nostalgia constante por la propia tierra o la idea obsesiva del regreso. Estos elementos se dan con especial intensidad en aquellas personas que sufren el exilio siendo ya adultas, en los jóvenes y niños los recuerdos son más débiles, cuando no inexistentes, por lo que se adaptan más fácilmente al país en el que viven y dejan al margen el sufrimiento de sus mayores. Es la diferencia que se detecta entre la primera y la segunda generación del exilio.

García Viñó (1971: 5-6) ha dividido a los escritores exiliados del 39, de forma más concienzuda, en cuatro grupos o generaciones: 1) los que eran maduros o escritores consagrados con anterioridad a la guerra; 2) los que participaron en la guerra y empiezan su actividad literaria desde el final de ésta a 1950; 3) los que no participaron en la guerra y empiezan a publicar en torno a 1960; y 4) los que no conservaban ningún recuerdo del conflicto. Sanz Villanueva (1976: 116-117) ha apostado por simplificar la situación distinguiendo entre

los que tenían obra con anterioridad a 1936-1939 y los que empezaron a escribir después de 1939. Rafael Conte (1970: 13), aunque intenta tempranamente construir una teoría de la literatura del exilio, propone mantener aisladas ambas categorías en tanto que a su juicio el exilio es una cuestión subjetiva, de carácter sociopolítico, y la literatura, literatura, esto es, otra cosa. Esta posición impide justamente elaborar lo que el crítico pretende, una teoría de la literatura del exilio. La variedad existente en este ámbito es innegable, y hablar de una teoría generacional se muestra como una opción no viable, pero lo cierto es que el exilio marcó la trayectoria literaria de esos escritores tan dispares que no fueron absorbidos por la historiografía literaria nacional en un primer momento y, con posterioridad, sólo en contados casos y tras largos procesos de reivindicación crítico literaria. En la actualidad las categorías de nación, raza, lugar, género..., ocupan ya un lugar importante en la teoría literaria, parece pues que ha llegado el momento, toda vez que el franquismo nos coge ya lejos, de abordar esa rica producción literaria cuya especificidad se puede determinar recurriendo a nuevos instrumentos críticos, porque la literatura no ha sido nunca ajena a la historia (ni a la política, ni a la cultura, ni a la sociedad en la que se produce), y si hay un ejemplo incuestionable de esto es justamente la obra de los exiliados españoles del 39. Conviene no olvidar la situación que Souto Alabarce (1982: 383-384) describe puntualmente en los ochenta para entender las circunstancias en las que se produjo esta literatura:

Privado de su público, [...] el escritor exiliado, el novelista sobre todo, escribe para sí mismo [...] Censurados en España, desconocidos en América, no muy leídos por sus compañeros de la emigración, pasaron más de veinte años para que comenzaran a tener alguna resonancia en las nuevas generaciones a ambos lados del Atlántico. Por esto son sus novelas en cierto modo un soliloquio, un desahogo, una confesión, un intento de poner en claro, de explicarse a sí mismos la tragedia de la guerra.

En estas circunstancias no es extraño que Francisco Ayala se preguntara tempranamente “Para quién escribimos nosotros” (1949), trabajo que se constituirá en sintomático de la situación de los escritores exiliados. La situación del intelectual, ya tratada por este autor en *Razón del mundo*, se torna especialmente conflictiva en el exilio. Tempranamente Ayala tiene ya una idea clara de que el escritor escribe condicionado por el destinatario, y si éste le da la espalda al escritor, su actividad se convertirá en un soliloquio carente de sentido. Por otro lado, Ayala sabe que la guerra civil interrumpió bruscamente la actividad intelectual en España y que sobre los escritores exiliados recae la responsabilidad de conservar y desarrollar esta actividad.

El polifacético escritor no niega que los exiliados en América habían gozado de una situación especial que les había permitido indagar en las causas de la situación, llegar a los orígenes del conflicto y ponerse en paz consigo mismos. Fueron bien recibidos y tuvieron acceso a universidades, periódicos y revistas. En las universidades es donde, a su juicio, podían seguir su labor sin sufrir una interrupción brusca, dedicándose, entre otras labores, a la traducción y edición de libros extranjeros, tarea muy demandada en ese momento. Ahora bien, el problema de la recepción, del público, seguía estando ahí:

En principio, escribíamos para todo el mundo; pero en la práctica nos veíamos reducidos a actuar sobre el propio ámbito lingüístico y, dentro de él, sobre los pequeños núcleos interesados. Estos eran débiles en España, minúsculos en la dispersión americana; hoy están casi disueltos. En ésta como en tantas otras manifestaciones de la vida social, no van quedando sino individualidades sueltas, en una soledad que tal vez hacendar su valor, pero que, al eliminar cualquier posibilidad de fecunda, continua y trabada cooperación, anula su eficacia (Ayala, 1949: 42).

El tema de España, a la altura de 1949, parecía ya agotado, sólo quedaba aferrarse a él como una obsesión o superarlo de alguna forma. Surge entonces en los escritores libres, no ligados a

ninguna institución, no especializados, una doble problemática: de qué escribir y para quién escribir. España deja de ser tras la guerra el centro de la intelectualidad hispana. Los intelectuales exiliados en países donde no se hablaba el español se encuentran más aislados y, a juicio de Ayala, se tenían que ocupar de la evocación o la erudición; en Hispanoamérica, sin embargo, los intelectuales podían encontrar apoyo en la comunidad que les rodeaba y actuar desde ella, llegar, en definitiva, a cierta “acomodación psicológica”. Hay algo que se lo impide, un nacionalismo que retrasa la integración y el reconocimiento de la generosidad de los países de acogida.

Ayala sabe que todos los intelectuales tenían que enfrentarse con problemas similares, que todos eran de alguna manera exiliados, y que su función prevalecía siempre:

Nuestra misión actual consiste en rendir testimonio del presente, procurándonos orientarnos en su caos, señalar sus tendencias profundas y tratar de restablecer dentro de ellas el sentido de la existencia humana, una restaurada dignidad del hombre: nada menos que eso (*ibidem*: 49).

La situación del escritor literario sería, en cambio, menos grave puesto que el exilio le ofrece nuevas experiencias y escribe en un idioma que es entendido por un público amplio, más allá de las fronteras españolas. Ayala no ignora, sin embargo, que en la literatura no sólo cuenta el genio individual, sino también las circunstancias en las que se produce la obra.

El exilio ha constituido, en suma, una ruptura de la unidad nacional toda vez que en España la vida cultural se tornó imposible, por lo que al exilio involuntario se une el exilio voluntario, el de aquellos escritores que, aunque políticamente no se les exige salir de su país lo hacen al ver sumamente restringidas sus posibilidades de vivir y expresarse. Pero el exilio deja de ser un hecho accidental, Francisco Ayala avisa de que es absurdo “vivir entre paréntesis”, expresión que goza de gran acogida entre aquellos que nunca desechan la po-

sibilidad de volver, incluso cuando tras la segunda Guerra Mundial las posibilidades disminuyen notablemente.

La situación en la que viven los escritores que permanecieron en España hace que sobre los escritores exiliados se deposite la gran responsabilidad de continuar la tradición cultural interrumpida, inclusive la literaria. La conocida contraposición entre la España peregrina y la España cautiva aparece aquí, si bien es cierto que se presentan como complementarias:

No olvidemos, por lo pronto –algunos tienden a olvidarlos– que ambas Españas, la peregrina y la cautiva, la fugitiva de sí misma y la aherrojada en sí, se anhelan recíprocamente, víctimas de un mismo destino. Olvidarlo, pudiera ser fatal para todos, y quizás antes que para nadie para nosotros, los emigrados, que, desde cierto punto de vista somos los fuertes, los afortunados, los privilegiados, pero desde otro, en nuestra calidad de “especie a extinguir”, sin posible prole independiente, somos horriblemente débiles; y sobre todo, fatal para el porvenir de las letras hispanas, porque ello supondría la perduración de una beligerancia extendida por insensatez, no contra la que la merece, y que es ajeno por esencia, opuesto, a la literatura, sino contra España entera y cuanto allí alienta y quiere vivir (*ibidem*: 55).

Aparece ya la idea expuesta en primer término por Salabert en su novela *Exilio interior*, obra publicada por primera vez en francés (debido a la censura) en 1962. Tal idea es desarrollada por Paul Ilie en su ensayo *Literatura y exilio interior* (1981), y se basa en la existencia de un exilio interior en los escritores españoles que tuvieron que enfrentarse con numerosos problemas derivados del totalitarismo franquista, el cual haría que su vida en España fuera similar a la de los exiliados en tanto que sufrieron la censura, la represión o la cárcel. Aunque el concepto ha gozado de gran aceptación crítica, hay autores que lo rechazan porque no creen que las circunstancias fueran similares o comparables.

Libertad total, avisa Francisco Ayala, no existe nunca. Sí que existe la posibilidad de actuar sobre la realidad inmediata, aunque ello no requiera el uso de una literatura realista. El escritor debe abrir el círculo de los destinatarios que pertenecen a la reducida vida literaria y escribir para un público más amplio.

Pocos años después, desde el seno de la España franquista, se tienden lazos a los escritores exiliados. El artículo de José Luis Aranguren “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración” (1953) abre una brecha que, aunque en principio parece insuficiente, con el tiempo adquiere pleno sentido al constituirse en una iniciativa pionera a partir de la cual el diálogo no deja de contemplarse.

Aranguren demuestra, en primer término, un gran conocimiento de la labor intelectual y literaria desempeñada por los exiliados españoles y, ante todo, un loable deseo de reconocimiento y diálogo. Los autores que forman la España peregrina no han dejado de ser españoles más que “políticamente”, era necesario establecer una buena comunicación con ellos que fuera una manifestación más de la voluntad española de comprensión que Aranguren detectaba en España. El diálogo, por otra parte, se presenta como un reto intelectual.

La atención se va a centrar en los países hispanoamericanos y en los filósofos que desempeñan su labor en ellos influyendo no sólo con su propia producción, sino también dando a conocer el pensamiento de distintos escritores extranjeros. Aunque no se puede olvidar que escriben desde una situación de destierro, éste no se puede considerar en muchos casos síntoma de desarraigo, primero, nos dice el autor, porque algunos se fueron voluntariamente, pero, además, porque habiendo podido regresar casi todos ellos en 1953, no lo habían hecho por encontrarse divididos en sus deseos. La españolidad, por otro lado, es algo que se lleva en el corazón, y el exilio no es ninguna novedad, moros y judíos fueron expulsados de España hace siglos.

El doble exilio de la patria y de la lengua otorga un talante especial a los expatriados. La nostalgia es una constante, la percepción que se realiza de la realidad española es desgarrada. Y es que el conflicto se percibe ya claramente:

Describíamos más arriba el drama de los emigrados como una ruptura interior, como una tensión entre su pasión de España y su discrepancia del actual régimen (no sólo en lo tocante a la política). Ahora podemos ahondar más en ese drama: es un no poder vivir plenariamente ni allí, en el destierro, ni aquí, en la patria. Allí saben ellos muy bien, porque lo han aprendido a través del dolor, que no pueden echar raíces. Pero aun cuando, en general no lo sepan, ya están desarraigados también de aquí (Aranguren, 1953: 110).

Se impone, pues, buscar soluciones, y Aranguren recoge dos formuladas por dos exiliados. En primer lugar, el neologismo lanzado por José Gaos (1949), “transterrado”, con el que quería aludir a que la emigración a Hispanoamérica no había sido traumática ya que los países hermanos constituían una prolongación de España. En este contexto los transterrados se integrarían en sus respectivos países de acogida dando lugar a un nuevo y más amplio ideal de hispanidad. En segundo lugar, el prólogo que escribe Larrea para el libro de Emilio Prados *Jardín cerrado. Nostalgias, sueños y presencias* no ignora la ruptura y la agonía de un primer momento, pero trascendido éste lo que importa es que España se vuelva a incorporar al mundo y, según Larrea, lo hace a través de Hispanoamérica. La actitud de Gaos, que transparenta un franco agradecimiento a la acogida que tuvieron los españoles en la América hispana, y sobre todo en México, no deja de reconocer unas circunstancias que favorecieron el cultivo de la filosofía, campo en el que él se inscribe, así como una actitud sumamente pragmática que podía terminar con todos (o casi todos) los conflictos psicológicos y emocionales de los exiliados (para él emigrantes o transterrados). Su posición merece, por tanto, una atención especial:

“Sabíamos” de la América española, pero qué diferente “vivir” su vastedad y diversidad en el presente, su profundidad y complejidad por el pasado y aún su juventud, su fermentar en formación, y por las tres cosas su plétora de posibilidades de futuro. Pero nosotros habíamos iniciado ya en España la actividad de que estoy hablando. Es que la reivindicación de los valores españoles había empezado en España, movilizada justamente por la conciencia de su valer. [...] Por fortuna, lo que hay de español en esta América nos ha permitido conciliar la reivindicación de los valores españoles y la fidelidad a ellos con la adhesión a los americanos (Gaos, 1949: 238).

El mismo Andújar, que acepta la propuesta da Gaos, se manifestará sobre la misma años después:

Debemos asimismo a José Gaos el término –definición y concepto- de “transtierro”. Su propuesto advenimiento se usó, marginal y preferentemente, en círculos intelectuales, filosóficos y ensayísticos. A la mayoría de los afectados, en nuestros medios, les parecía, sospecho, un tantico sofisticado. Pero no trascendió, cumplidamente, allí, y en las diversas fases de los retornos a España, y según la consensuada percepción –encasillados- de los estudiosos y en las particularizadas asunciones, cobró crédito desde las perspectivas de la Nueva y Vieja España. Porque, admitimos, el “transtierro” es una constante existencial y social de España y de Iberoamérica, la aplicación fáctica, y no sólo nominal y jurídica, de la doble nacionalidad que proclamara la Constitución republicana de 1931 y que se ajusta a los vaivenes y azares de nuestro destino (Andújar, 1989: 180-181).

Siguiendo con el planteamiento de Aranguren, como factores a favor de los exiliados, “emigrados” en su terminología, se citan dos que sin duda tenían una enorme importancia en la España franquista: el amor al país, que se manifiesta en numerosas obras que tratan el tema de España, y un giro de los exiliados hacia el cristianismo, a pesar de su distanciamiento de la Iglesia católica. En definitiva, se resta importancia al exilio del 39:

Los emigrados españoles de la guerra civil no son, ni mucho menos, los únicos expatriados que andan hoy por el mundo. Vivimos en una época de éxodo, en la cual millares de hombres se han visto forzados a abandonar su hogar y su patria. [...] hoy, que empieza a comprenderse la necesidad de superar las estrechas vinculaciones nacionales, nadie puede prestar un servicio más estimable que el de los emigrados. Ellos, no por virtud, sino por necesidad, ya las han superado, y son, quiéranlo o no, mucho más “ciudadanos del mundo” que de su pérdida nacionalidad (Aranguren, 1953: 155-156).

La respuesta fue inmediata y rotunda, doce exiliados encabezados por Clemente Cimorra escriben “Respuesta de intelectuales españoles de la emigración a José Luis L. Aranguren” (1954). A pesar de que el escrito se califica de “enjundioso” y de ampliar la visión del pensamiento ibérico, por lo que les agrada y lo elogian, el diálogo propuesto por Aranguren se considera imposible:

En tanto, pues, no se modifique la situación política de España, seguirá siendo tan imposible como deseado el diálogo entre los intelectuales de dentro y los de fuera. En esas condiciones tal diálogo seguiría siendo querella y polémica. No están los españoles de fuera dispuestos a acatar un régimen que representa la concepción de la vida contraria a su naturaleza y que ha fracasado en la tarea de crear una convivencia entre los españoles. Para nosotros es un imperativo ardiente servir a España, no hemos tenido otro norte y guía para nuestra conducta; pero esta misma exigencia de servir a España y a todos los españoles, a los de dentro y a los de fuera, nos fuerza a no aceptar situaciones de hecho que supongan aniquilación de valores y desfiguración del perfil verdadero de España (Clemente y otros, 1954: 84).